

MADRE DE LA PLAYA

(Por Guillermo Saccomanno) Esa mujer debe tener más de setenta. Y viene a la playa escoltada por dos pibes adolescentes, atléticos, musculosos, pero con el desgano de la adolescencia en los gestos. Clavan en la arena el parante de la sombrilla. Abren el parasol. Entonces ella se quita el solero, las sandalias y se queda en malla, una malla enteriza negra, medio pasada de moda, como de luto. Después, los pibes se van. Y ella se queda sola mirando el mar.

—Pensar que alguna vez ella tuvo la edad de los pibes —dice el Bebe—. Mirale ahora las cicatrices de las piernas.

Son raras las veces que el Bebe, portero de noche del hotel La Tonina Blanca, baja a la playa. Por lo general, cuando lo hace, elige como puesto de observación la mesa de un bar al aire libre. Y desde aquí, cada tanto, levanta la vista de la enésima lectura de *Moby Dick*, su biblia personal, privada, y considera a los veraneantes como un grumete ascendido. Revuelve pensativo el té y sigue observando a esa mujer. Y uno puede preguntarse si todo el deseo que le queda a alguien que cambió la ginebra por el *earl grey* puede resumirse en esa mujer. Y puede equivocarse. El Bebe se baja un poco los anteojos de sol y se le ve la mirada, mezcla de insomnio y filosofía.

—Mirale las piernas —dice—. Vino con los dos pibes. Todos en la misma pieza, la 49, que en el *I Ching* es la revolución. Y también la muda. El libro alude a las mudas en la vida política, entre otras cuestiones. Pero mirale bien las piernas —insiste—. Mirale.

Esta mañana sopla una brisa caliente. Agita la lona de las carpas. Y el sol rebota en los anteojos oscuros del Bebe que prende un negro, expulsa el humo que se vuela y medita al contemplar a esa mujer de piernas hinchadas. Es gorda, canosa, pálida. Y el sol seguro le va a afectar la piel tan blanca, *como la blancura de la ballena*, ha dicho el Bebe.

—A veces, de noche —cuenta el Bebe—, suena la chicharra del conmutador y sé que es ella. Me pide por teléfono, por favor, que le suba una botellita de agua mineral sin gas. No puede dormir. Sin embargo, no toma pastillas. Dice que hay que aprender a vivir con la memoria. Cuando le llevo la botella, se sienta en el borde de la cama. Y yo me siento en el piso. Y conversamos. Total, los pibes no están. Se fueron a milonguear a alguna disco de la Villa. Y no vienen hasta que amanece. Los pibes están en otra: jeans, hamburguesas, walkman y compacts. Y ella dice que sería feliz si los padres aparecieran.

El Bebe se toma su tiempo para contar. *Ya me tomé todo lo que se podría tomar*, ha dicho. *Y el tiempo es lo que me falta*.

—¿Sabés qué me dijo ella anoche? —pregunta—. Que les está agradecida a sus hijos porque le mostraron cómo era el mundo. Ultimamente ella anduvo por Europa. Pero sería más feliz de tener a los hijos junto a los nietos. Y si le explico mi rollo con la ballena blanca, me entiende. *Vivir no es durar*, me dice. *Vivir es vivir con todo*. Y me entiende porque sus hijos también perseguían una ballena blanca. Iban a hacer el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel. Hasta que los cazaron esos marinos, los de chupadero, picana, pentotal, avión y hombre al agua. *Caminar, no camino bien*, me dice ella. *Pero andar, ando a pesar de todo*, me dice. Y se frota las várices de las piernas que, según ella, son cicatrices. *Mucha marcha tengo*, me dice. *Y resisto*.

Y el Bebe, pensativo, se queda contemplando a esa mujer sentada bajo la sombrilla, que mira todo el tiempo las olas. Como si la marea pudiera devolverle algo que le arrancó.

Y ahora que el calor pega más fuerte ella se pone un pañuelo en la cabeza. Un pañuelo blanco.

¿QUIENES SEREMOS ESTA VEZ?

¿Por qué conformarse con ser una sola persona cuando se pueden ser demasiadas? En este cuento primerizo de Kurt Vonnegut —años antes de "Matadero 5"— se nos cuenta la historia de un camaleón humano que tal vez sea el más compadecible de los Don Nadies.

Por Kurt Vonnegut Jr.

El Mask and Wig Club de North Crawford, compañía teatral amateur a la que pertenezco, decidió poner en escena *Un tranvía llamado Deseo*. Doris Sawyer, que habitualmente dirige las obras, se excusó esta vez debido a que su madre estaba, al parecer, bastante enferma. Tampoco venía mal que encarásemos la formación de nuevos directores escénicos. Doris, aun cuando los llevase con admirable encanto, ya tenía setenta y cuatro años. Y no estaba en sus proyectos vivir eternamente.

El destino quiso que yo fuese el elegido para dirigir la nueva obra, pero antes de asumir la responsabilidad impuse una condición: el papel de Marlon Brando debía ser interpretado por Harry Nash. Harry es el único actor de verdad con que cuenta el Club y tiene detrás de sí una experiencia muy versátil. Fue el complejo capitán Queeg en *El Motín del Caine*, un convincente Abraham Lincoln en *Abe Lincoln de Illinois*, el joven arquitecto de *La Luna es azul* y un notable Enrique VIII en *Ana de los mil días*. Su último éxito había sido el trémulo personaje de Doc en *Regresa pequeña Sheeba* y ahora debía identificarse con el violento polaco del Tranvía.

A todos les pareció bien y lo citamos a Harry para que aceptase, pero no vino a ninguna de las reuniones. En realidad no aparece nunca por el Club. Es muy tímido, rehúye el contacto con la gente, carece de amigos íntimos, no está casado ni sale tampoco con mujeres. Fuera del teatro y sin un guión que ponga frases en su boca, se mantiene silencioso y apocado, no tiene nada que decir. Pero sobre el escenario es directamente grandioso.

De modo que fui a buscarlo a la ferretería donde trabaja, lo de Miller, para preguntarle si estaba interesado en *El tranvía...* Y aproveché la salida para pasar antes por la compañía de teléfonos y protestar por una llamada de Honolulú que había aparecido en mi cuenta. Nunca hice llamadas a larga distancia y menos a Honululú, el cargo estaba mal y no pensaba pagarlo.

Detrás del mostrador, atendiendo a los clientes, había una chica espectacular, una belleza. No la conocía y me dejó encandilado, pero igual presenté mi reclamo. Me contestó que la máquina facturadora era nueva, aún no estaba a punto y podía cometer equivocaciones. Así que descontó la conversación hawaiana de mi cuenta y yo hice un cheque por el saldo.

—Me parece que usted no es de aquí —dije después.

—No. Me mandaron precisamente junto con la máquina para que la ajustase.

—Bueno, mientras las máquinas vengan acompañadas de gente estaremos a salvo.

—¿Cómo dijo?

—Que estaremos a salvo. Lo malo sería que aparecieran solas. Las máquinas, quiero decir.

—Ah.

Me miró con cara de nada y total desinterés. Ojos azules y perfectos y muy buena figura pero parecía algo tonta. Lástima, porque en caso contrario hubiera dado una perfecta Stella. Stella es el otro personaje importante de *El tranvía...* la mujer de Marlon Brando.

Le expliqué sin embargo que teníamos un Club, un teatro y una obra donde necesitábamos actores. Los ensayos estaban por comenzar y tal vez a ella pudiera interesarle probarse para uno de los papeles. Me escuchó primero con indiferencia y después con curiosidad. Finalmente creo que con entusiasmo.

—Primera vez que me invitan a participar en algo donde hay varias personas y ninguna cama.

—En el Club conocerá gente que no piensa únicamente en eso.

—OK, muchas gracias, iré encantada, mi nombre es Helen Shaw.

Tras verlo actuar tantas veces en el teatro del Junior-Senior Hight School, la gente de North Crawford podría muy bien haberse cansado de Harry Nash. Pero no. Uno siempre disfrutaba mirándolo en el escenario. Pues siendo el mismo, cada vez resultaba distinto. Cambiaba de voz, de apariencia, de alma. Dejaba absolutamente de ser quien era para transformarse en el personaje descripto por el libreto o marcado por Doris Sawyer. Muchos se resistían a creerlo, pero era así nomás.

Estas continuas mutaciones y el no saber quiénes eran y dónde estaban sus padres (al nacer lo habían abandonado en la puerta de la Iglesia Unitaria) tal vez fuesen las causas confluyentes de su timidez e insignificancia en la vida real. Muchos nos preguntábamos si no debía recurrir a un psiquiatra. Superada esa crisis de identidad seguramente podría desarrollar su verdadera personalidad, conseguir algo mejor que el empleo de cincuenta dólares semanales en la ferretería Miller, mejorar su relación con la gente y hasta casarse con una buena chica.

Pero ésas eran conjeturas y suposiciones. Lo concreto fue que al proponerle un papel protagónico en la nueva obra, aceptó inmediatamente.

—¿Quién debo ser esta vez? —preguntó. Lo miré con una mezcla de admiración y tristeza.

—Marlon Brando —contesté.

Las pruebas de actores se hicieron como siempre en el segundo piso de la biblioteca pública. Por suerte para mí, Doris Sawyer pudo dejar a su madre con la enfermera y ayudarme en esa instancia. Citamos a Harry aunque más no fuese para cumplir con las formalidades y él se presentó con la habitual puntualidad. Su aspecto, casi ridículo, saco pasado de moda, corbata deshilachada. Cuando le pedimos que actuase la escena donde Brando golpea a su mujer, Stella, se desanudó la corbata, se quitó el saco y pidió un minuto para concentrarse. Doris dijo cómo no. Ella leería las partes de Stella y yo las de Blanche, la cuñada.

Harry tomó el libro de Tennessee Williams y caminó hasta detrás de unas estanterías. Lo escuchamos respirar hondo varias veces, como calentando los motores y después silencio. Pero cuando reapareció quedamos estupefactos.

Estaba sin camisa, con una musculosa gris que acentuaba su aspecto fornido y prepotente. Se acercó con arrogancia, contoneándose, los labios contraídos en una mueca cruel. Doris quedó muda, no podía dejar de mirarlo, pero después se sobrepuso y leyó la primera frase en el parlamento de Stella.

Lo que vino después fue inolvidable. Doris fue invadida, sobrepasada. Su violento interlocutor la arrastró a un sórdido verano sureño donde ella empezó a hablar con un acento más cadencioso y tono de mujercita aterrorizada por un gorila sexópata. En cuanto a mí, apenas leí unas líneas de Blanche, maldito sea si no me sentí como una belleza sureña alcohólica y venida a menos.

Al terminar la escena, mientras Doris y yo tratábamos de recuperarnos, Harry dejó el libro sobre la mesa, se puso la camisa, retrajo los hombros, ablandó su expresión desafiante, se encogió de estatura y volvió a ser el pálido empleado de la ferretería Miller.

—¿Estuve bien? —preguntó como dudando. Me pregunté por qué simulaba esa inseguridad, sería una de esas cábalas que tienen siempre los actores.

—No estuvo del todo mal —dije para seguirle el juego.

—¿Me darán el papel?

—Creo que sí, estás entre los favoritos.

—¡Gracias, gracias!

Lo miré desconcertado pues percibí que su alegría era verdadera.

—¿No hay alguien afuera para la siguiente prueba? —pregunté.

—No me fijé —dijo Harry.

Pero Stella había llegado y estaba esperando.

Cinco minutos le bastaron para deprimirnos. Helen Shaw no tenía las más mínimas condiciones para actuar. Leyera lo que leyese, seguía siendo siempre la misma muchacha de la telefónica, excusándose con una sonrisa por los errores de su estúpida máquina facturadora.

Doris intentó inspirarla explicándole con toda claridad la situación de Stella, joven temperamental enamorada de un gorila por puros, simples, concretos e irrefrenables motivos sexuales.

—¿Te das cuenta, querida?

—Sí —dijo Helen.

—Leámoslo otra vez, entonces.

Repetía su parlamento con idéntico tono cool e inexpresivo pero, eso sí, encantadora sonrisa en los labios.

—Te voy a hacer una pregunta personal, querida. ¿Puedo?

—De acuerdo —dijo Helen.

—¿Te enamoraste alguna vez?

Helen frunció el ceño.

—Te lo pregunto porque recordar episodios de alto voltaje puede ser muy eficaz en estos casos.

—La compañía siempre me tiene de aquí para allá, viajo mucho y todos mis compañeros de trabajo están cansados. Nunca me quedo en ningún sitio el tiempo necesario para intimar con algún muchacho.

—¿Y en la escuela? Todos se enamoran cuando van a la escuela. Es para lo único que sirve.

—En la escuela tampoco —dijo Helen.

—Mmm —dijo Doris.

—Una vez... —empezó Helen, pero se interrumpió.

—¿Una vez qué?

—Una vez me agarré un metejón con Tom Courtenay.

—¿Con quién?

—Tom Courtenay, el actor de cine. Lo vi en *The Dresser* y no podía sacármelo de la cabeza. ¿Eso puede servir?

—No estoy muy segura.

—Fui a ver *The Dresser* varias veces. Me imaginaba estar casada con Tom Courtenay y todo lo demás.

—Ahá —dijo Doris.

—Bueno, gracias, señorita Shaw. Por favor espere afuera con los otros unos minutos nomás. Ya la llamaremos.

En el Club teníamos varias chicas de cuarenta años, que ocasionalmente nos arreglábamos para metamorfosear en adolescentes de mejillas sonrosadas, pero ninguna jovencita auténtica. Pensamos en dos o tres para el papel de Stella pero las descartamos. Comparados con el de miss Shaw sus físicos resultaban deprimentes.

—Tenemos Blanches a patadas pero Stellas no aparecen —dije desanimado.

—Sí. Y la que tenemos es un ladrillo de hielo.

—¿Por qué no probamos de nuevo con miss Shaw pero junto con Harry? Tal vez ese muchacho la sacuda un poco.

—Sospecho que es inconmovible —dijo Doris.

Pero la llamamos de todos modos y pedimos al mismo tiempo que alguien lo rastrease a Harry. Durante los ensayos o las lecturas Harry nunca se quedaba conversando con los otros actores. Terminada su parte desaparecía simplemente, se metía en algún lugar donde pudiese escuchar si se lo llamaba. Esta vez lo encontraron en la sala de diccionarios, buscando banderas desconocidas en un mamotreto de 1926.

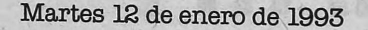
Apenas entró en la habitación vimos que Helen había estado llorando.

—¿Qué te pasa, querida? —se ablandó Doris.

—Estuve terriblemente mal ¿no es cierto?

—Pero no, lo hiciste bastante bien.

—Soy un freezer con piernas, ya lo sé



¿QUIENES SEREMOS ESTA VEZ?

¿Por qué conformarse con ser una sola persona cuando se pueden ser demasiadas? En este cuento primerizo de Kurt Vonnegut —años antes de "Matadero 5"— se nos cuenta la historia de un camaleón humano que tal vez sea el más compadecible de los Don Nadies.

Por Kurt Vonnegut Jr.

El Mask and Wig Club de North Crawford, compañía teatral amateur a la que pertenezco, decidió poner en escena *Un tranvía llamado Deseo*. Doris Sawyer, que habitualmente dirige las obras, se excusó esta vez debido a que su madre estaba, al parecer, bastante enferma. Tampoco venía mal que encarásemos la formación de nuevos directores escénicos. Doris, aun cuando los llevase con admirable encanto, ya tenía setenta y cuatro años. Y no estaba en sus proyectos vivir eternamente.

El destino quiso que yo fuese el elegido para dirigir la nueva obra, pero antes de asumir la responsabilidad impuse una condición: el papel de Marlon Brando debía ser interpretado por Harry Nash. Harry es el único actor de verdad con que cuenta el Club y tiene detrás de sí una experiencia muy versátil. Fue el complejo capitán Queeg en *El Motín del Caine*, un convincente Abraham Lincoln en *Abe Lincoln de Illinois*, el joven arquitecto de *La Luna es azul* y un notable Enrique VIII en *Ana de los mil días*. Su último éxito había sido el trémulo personaje de Doc en *Regresa pequeña Sheeba* y ahora debía identificarse con el violento polaco del Tranvía.

A todos les pareció bien y lo citamos a Harry para que aceptase, pero no vino a ninguna de las reuniones. En realidad no aparece nunca por el Club. Es muy tímido, rehúye el contacto con la gente, carece de amigos íntimos, no está casado ni sale tampoco con mujeres. Fuera del teatro y sin un guión que ponga frases en su boca, se mantiene silencioso y apocado, no tiene nada que decir. Pero sobre el escenario es directamente grandioso.

De modo que fui a buscarlo a la ferretería donde trabaja, lo de Miller, para preguntarle si estaba interesado en *El tranvía...* Y aproveché la salida para pasar antes por la compañía de teléfonos y protestar por una llamada de Honolulú que había aparecido en mi cuenta. Nunca hice llamadas a larga distancia y menos a Honulu1ú, el cargo estaba mal y no pensaba pagarlo.

Detrás del mostrador, atendiendo a los clientes, había una chica espectacular, una belleza. No la conocía y me dejó encandilado, pero igual presenté mi reclamo. Me contestó que la máquina facturadora era nueva, aún no estaba a punto y podía cometer equivocaciones. Así que descontó la conversación hawaiana de mi cuenta y yo hice un cheque por el saldo.

—Me parece que usted no es de aquí —dije después.

—No. Me mandaron precisamente junto con la máquina para que la ajustase.

—Bueno, mientras las máquinas vengan acompañadas de gente estaremos a salvo.

—¿Cómo dijo?

—Que estaremos a salvo. Lo malo sería que aparecieran solas. Las máquinas, quiero decir.

—Ah.

Me miró con cara de nada y total desinterés. Ojos azules y perfectos y muy buena figura pero parecía algo tonta. Lástima, porque en caso contrario hubiera dado una perfecta Stella. Stella es el otro personaje importante de *El tranvía...* la mujer de Marlon Brando.

Le expliqué sin embargo que teníamos un Club, un teatro y una obra donde necesitábamos actores. Los ensayos estaban por comenzar y tal vez a ella pudiera interesarle probarse para uno de los papeles. Me escuchó primero con indiferencia y después con curiosidad. Finalmente creo que con entusiasmo.

—Primera vez que me invitan a participar en algo donde hay varias personas y ninguna cama.

—En el Club conocerá gente que no piensa únicamente en eso.

—OK, muchas gracias, iré encantada, mi nombre es Helen Shaw.

Tras verlo actuar tantas veces en el teatro del Junior-Senior Hight School, la gente de North Crawford podría muy bien haberse cansado de Harry Nash. Pero no. Uno siempre disfrutaba mirándolo en el escenario. Pues siendo el mismo, cada vez resultaba distinto. Cambiaba de voz, de apariencia, de alma. Dejaba absolutamente de ser quien era para transformarse en el personaje descripto por el libreto o marcado por Doris Sawyer. Muchos se resistían a creerlo, pero era así nomás.

Estas continuas mutaciones y el no saber quiénes eran y dónde estaban sus padres (al nacer lo habían abandonado en la puerta de la Iglesia Unitaria) tal vez fuesen las causas confluyentes de su timidez e insignificancia en la vida real. Muchos nos preguntábamos si no debía recurrir a un psiquiatra. Superada esa crisis de identidad seguramente podría desarrollar su verdadera personalidad, conseguir algo mejor que el empleo de cincuenta dólares semanales en la ferretería Miller, mejorar su relación con la gente y hasta casarse con una buena chica.

Pero ésas eran conjeturas y suposiciones. Lo concreto fue que al proponerle un papel protagónico en la nueva obra, aceptó inmediatamente.

—¿Quién debo ser esta vez? —preguntó. Lo miré con una mezcla de admiración y tristeza.

—Marlon Brando —contesté.

Las pruebas de actores se hicieron como siempre en el segundo piso de la biblioteca pública. Por suerte para mí, Doris Sawyer pudo dejar a su madre con la enfermera y ayudarme en esa instancia. Citamos a Harry aunque más no fuese para cumplir con las formalidades y él se presentó con la habitual puntualidad. Su aspecto, casi ridículo, saco pasado de moda, corbata deshilachada. Cuando le pedimos que actuase la escena donde Brando golpea a su mujer, Stella, se desanudó la corbata, se quitó el saco y pidió un minuto para concentrarse. Doris dijo cómo no. Ella leería las partes de Stella y yo las de Blanche, la cuñada.

Harry tomó el libro de Tennessee Williams y caminó hasta detrás de unas estanterías. Lo escuchamos respirar hondo varias veces, como calentando los motores y después silencio. Pero cuando reapareció quedamos estupefactos.

Estaba sin camisa, con una musculosa gris que acentuaba su aspecto fornido y prepotente. Se acercó con arrogancia, contoneándose, los labios contraídos en una mueca cruel. Doris quedó muda, no podía dejar de mirarlo, pero después se sobrepuso y leyó la primera frase en el parlamento de Stella.

Lo que vino después fue inolvidable. Doris fue invadida, sobrepasada. Su violento interlocutor la arrastró a un sórdido verano sureño donde ella empezó a hablar con un acento más cadencioso y tono de mujercita aterrorizada por un gorila sexópata. En cuanto a mí, apenas leí unas líneas de Blanche, maldito sea si no me sentí como una belleza sureña alcohólica y venida a menos.

Al terminar la escena, mientras Doris y yo tratábamos de recuperarnos, Harry dejó el libro sobre la mesa, se puso la camisa, retrajo los hombros, ablandó su expresión desafiante, se encogió de estatura y volvió a ser el pálido empleado de la ferretería Miller.

—¿Estuve bien? —preguntó como dudando. Me pregunté por qué simulaba esa inseguridad, sería una de esas cábalas que tienen siempre los actores.

—No estuvo del todo mal —dije para seguirle el juego.

—¿Me darán el papel?

—Creo que sí, estás entre los favoritos.

—¡Gracias, gracias!

Lo miré desconcertado pues percibí que su alegría era verdadera.

—¿No hay alguien afuera para la siguiente prueba? —pregunté.

—No me fijé —dijo Harry.

Pero Stella había llegado y estaba esperando.

Cinco minutos le bastaron para deprimirnos. Helen Shaw no tenía las más mínimas condiciones para actuar. Leyera lo que leyese, seguía siendo siempre la misma muchacha de la telefónica, excusándose con una sonrisa por los errores de su estúpida máquina facturadora.

Doris intentó inspirarla explicándole con toda claridad la situación de Stella, joven temperamental enamorada de un gorila por puros, simples, concretos e irrefrenables motivos sexuales.

—¿Te das cuenta, querida?

—Sí —dijo Helen.

—Leámoslo otra vez, entonces.

Repetía su parlamento con idéntico tono cool e inexpresivo pero, eso sí, encantadora sonrisa en los labios.

—Te voy a hacer una pregunta personal, querida. ¿Puedo?

—De acuerdo —dijo Helen.

—¿Te enamoraste alguna vez?

Helen frunció el ceño.

—Te lo pregunto porque recordar episodios de alto voltaje puede ser muy eficaz en estos casos.

—La compañía siempre me tiene de aquí para allá, viajo mucho y todos mis compañeros de trabajo están cansados. Nunca me quedo en ningún sitio el tiempo necesario para intimar con algún muchacho.

—¿Y en la escuela? Todos se enamoran cuando van a la escuela. Es para lo único que sirve.

—En la escuela tampoco —dijo Helen.

—Mmm —dijo Doris.

—Una vez... —empezó Helen, pero se interrumpió.

—¿Una vez qué?

—Una vez me agarré un metejón con Tom Courtenay.

—¿Con quién?

—Tom Courtenay, el actor de cine. Lo vi en *The Dresser* y no podía sacármelo de la cabeza. ¿Eso puede servir?

—No estoy muy segura.

—Fui a ver *The Dresser* varias veces. Me imaginaba estar casada con Tom Courtenay y todo lo demás.

—Ahá —dijo Doris.

—Bueno, gracias, señorita Shaw. Por favor espere afuera con los otros unos minutos nomás. Ya la llamaremos.

En el Club teníamos varias chicas de cuarenta años, que ocasionalmente nos arreglábamos para metamorfosear en adolescentes de mejillas sonrosadas, pero ninguna jovencita auténtica. Pensamos en dos o tres para el papel de Stella pero las descartamos. Comparados con el de miss Shaw sus físicos resultaban deprimentes.

—Tenemos Blanches a patadas pero Stellas no aparecen —dije desanimado.

—Sí. Y la que tenemos es un ladrillo de hielo.

—¿Por qué no probamos de nuevo con miss Shaw pero junto con Harry? Tal vez ese muchacho la sacuda un poco.

—Sospecho que es inconmovible —dijo Doris.

Pero la llamamos de todos modos y pedimos al mismo tiempo que alguien lo rastrease a Harry. Durante los ensayos o las lecturas Harry nunca se quedaba conversando con los otros actores. Terminada su parte desaparecía simplemente, se metía en algún lugar donde pudiese escuchar si se lo llamaba. Esta vez lo encontraron en la sala de diccionarios, buscando banderas desconocidas en un mamotreto de 1926.

Apenas entró en la habitación vimos que Helen había estado llorando.

—¿Qué te pasa, querida? —se ablandó Doris.

—Estuve terriblemente mal ¿no es cierto?

—Pero no, lo hiciste bastante bien.

—Soy un freezer con piernas, ya lo sé —gimió miss Shaw. Lágrimas corrían por sus mejillas.

—Bueno, bueno.

—Es por el tipo de vida que llevo. Cuando estoy con alguien que me gusta me siento como dentro de una botella, sin poder comunicarme. Nunca me enamoré ¿se dan cuenta? Quisiera poder hacerlo. Sé de qué se trata la obra y lo que siente Stella, pero es que yo... yo...

—¿Tú qué?

—No sé por dónde empezar.

Ni hacía falta, porque en ese momento se escucharon ruidos de puertas golpeadas y gruñidos ininteligibles. Era Harry Nash trasmutado en Marlon Brando acercándose como un huracán a la sala de pruebas. Se plantó frente a nosotros con la musculosa, los hombros echados por atrás, la mueca, todo. La presencia de la llorosa miss Shaw le provocó una risa despreciativa. Le clavó los ojos, las manos en los bolsillos, las piernas abiertas. El llanto terminó ipso facto. Harry la estaba desnudando con la mirada.

—¿Pueden ensayar la escena de la pelea? —pregunté.

—Seguro —dijo Harry. Se humedeció el labio superior con la punta de la lengua. Miss Shaw palideció.

Les ofrecí los libretos y Harry me arrancó el suyo sin dar las gracias. Las manos de Helen temblaban un poco.

—Necesito algo para tirar por la ventana —dijo Harry.

—¿Qué?

—Acá hay una parte donde yo tiro una radio por la ventana —dijo con impaciencia.

La cosa venía bien, mejor imposible. Le di un pisapapeles de metal y, por si acaso, abrí la ventana de par en par. Miss Shaw miró a su alrededor como buscando un lugar donde desmayarse.

—¿Por dónde empiezo? —dijo Harry, girando los ojos como un boxeador antes de que suene la campana.

—Un poco antes de tirar la radio por la ventana.

—OK, OK, tiro la radio, ella intenta escapar, la agarro y le doy unos buenos sopapos. ¿OK? vamos, baby.

La escena a continuación fue de alto voltaje, apenas dos grados bajo el nivel máximo de violencia. Al terminar Helen Shaw ardía en un rincón, la cabeza ligeramente inclinada, la boca abierta, tratando de consumir todo el oxígeno que hubiese quedado en la sala. La miré y no me pareció que estuviese metida en una botella.

—¿Entonces el papel es mío? —aulló Harry.

—Ya lo tienes —dije.

—OK, OK baby. Nos vemos, Stella —y se fue dando un portazo.

—¿Miss Shaw? —pregunté suavemente.

—Hummff —exhaló ella.

—Estuvo impresionante, querida.

—¿Sí?

—Nunca imaginé que tuvieses tanto fuego adentro, nena —dijo Doris.

—¿Fuego?

—¡Explosiones, cohetes, bombas atómicas! —dije yo.

—Hummff —dijo Helen. Y no agregó más nada.

—Stella —dije.

—¿Qué, cómo?

—El papel es suyo, por supuesto.

Empezamos a ensayar en el Club cuatro noches por semana. Harry y Helen dieron un clima tan impresionante que todos andábamos como locos. No necesité pedirle a nadie que estudiase sus parlamentos. Había tanto entusiasmo con la actuación de Harry y Helen que todos trataban de emularlos y dar lo mejor de sí mismos. La cosa venía tan pesada que en las escenas de amor debí pedir varias veces que se calmaran un poco.

—Mejor guarden un poco para el día del estreno.

Eso fue en el cuarto o quinto ensayo, creo. Lidia Miller, que hacía de Blanche, estaba sentada a mi lado. Lidia es hermana de Verne Miller, Verne es el dueño de la Ferretería Miller.

—¿Tenemos o no tenemos una obra, Lidia? —pregunté.

—Una obra magnífica —dijo. Pero había un tono sarcástico en su voz.

La miré pero no pude preguntarle nada. Harry me estaba gritando desde el escenario. Quería saber si habíamos terminado por esa noche. Contesté que sí y se perdió por los pasillos en el más puro estilo Brando, pateando muebles y golpeando puertas. Helen se quedó en el escenario con la boca abierta y expresión extenuada.

—¿Qué hay de malo con la obra? —pregunté a Lidia.

—¿No te das cuenta de lo que está pasando?

—¿En la obra?

—¿Cuál? No hay más Tennessee Williams sobre ese escenario sino otra cosa que tú ya no diriges.

—¿Ah no? —La miré ofendido.

—Una obra que ahora dirige la sádica madre Naturaleza. ¿No te das cuenta de que esa chica está enamorada? Piensa lo que ocurrirá cuando descubra cómo es Harry en la vida real.

Tendría razón pero yo me ocupé de no hacer nada al respecto. Lidia, en cambio, trató de enderezar el asunto. Eligió el momento adecuado y habló con Helen.

—Dos temporadas atrás Harry hizo de Abraham Lincoln y yo tuve el papel de su mujer, Ann Rutledge —le dijo.

—Habrá sido maravilloso —se extasió Helen.

—Por supuesto. Por momentos creí que estaba enamorada de Lincoln. Debí esforzarme por recordar que Harry es un simple empleado en la ferretería de mi hermano.

—Es un tipo increíble, Harry.

—Increíble, sí. Pero con él debes estar preparada para algo. Cuando llega la última función y la obra termina...

—¿De qué me estás hablando?

—Con la última función Harry desaparece, se evapora en el aire, nunca más.

—No puede ser.

—Es así aunque no quieras creerlo.

En ese punto Helen se molestó.

—¿Por qué me lo dice a mí? Aun cuando fuera cierto ¿qué demonios me importa?

—Está bien, OK, pensé que te resultaría útil saberlo.

—Se equivocó, no me sirve de nada.

Después de ese episodio nadie más se atrevió a tocar el tema. Era inútil. En esos días, y a pedido de Helen, la compañía telefónica le concedió una asignación permanente en North Crawford. Me lo comunicó muy satisfecha.

—Quiero agradecértelo especialmente. El club me cambió la vida —dijo.

Llegó el día del estreno y enloquecimos al público. Se lo creyeron todo y cuando bajó el telón estaban como para irse al manicomio con Blanche. En la primera noche las chicas de la compañía le entregaron un ramo de rosas a Helen en el escenario. Estaban saludando al público que los ovacionaba. Helen tomó una rosa y se la ofreció a Harry, pero Harry había desaparecido. Yo estaba entre bambalinas y vi su expresión de infortunio. Después corrió hacia mí.

—¿Hice algo malo, lo habré ofendido? —me preguntó llorando.

—No, Helen, siempre hace lo mismo, las cosas son así. Cuando termina la obra, Harry también termina.

—¿Y el sábado no vendrá a la fiesta? —preguntó desolada. El sábado por la noche, después de la función, el Club nos había invitado a festejar el estreno de *El tranvía*.

—Harry nunca va a fiestas. Cuando baje el telón del sábado ya no volveremos a verlo hasta el lunes en la ferretería —dije lo más dulcemente que pude.

—Qué triste, qué verdaderamente triste —dijo Helen.

La función del sábado fue antológica y cuando todos salieron a saludar Helen atrapó la mano de Harry. Esta vez no le iba a resultar fácil escaparse.

—Bueno, tengo que irme —dijo Harry, tironeando.

—¿Irte dónde?

—A casa.

—¿No me llevarás a la fiesta del Club?

—Imposible, nunca voy a fiestas —dijo todo colorado, adiós Brando.

—Comprendo. Te dejaré ir si me prometes una sola cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Harry temblando, listo para saltar por la ventana más próxima.

—Que me esperes aquí sin moverte. Voy a traer un regalo que te compré.

—¿Un regalo?

—¿Prometido?

—Sí.

Recién entonces Helen lo soltó. Y él se quedó, esperando hasta que ella volvió con el regalo. Resultó ser un ejemplar de *Romeo y Julieta*. Se lo entregó diciendo que el marcador señalaba su escena favorita.

—Muchas gracias —fue lo único que Harry dijo. Bastante, considerando las circunstancias.

—¿No te interesa saber cuál es mi escena favorita? —dijo Helen. Y Harry se vio obligado a abrir el libro. Ella se le puso al lado y empezó a leer un parlamento de Julieta.

—"¿Cómo has llegado aquí y para qué?Las paredes son altas, difíciles de escalar y, siendo quien eres, podrías tropezar en ellas con la muerte" —leyó Helen. Y señaló con el dedo la línea siguiente.

—Fíjate en lo que contesta Romeo.

—Mm —dijo Harry.

—¿No vas a leerlo?

Harry carraspeó. Se resistía a leer pero no le quedaba otra alternativa.

—"Estos muros salté con las alas que me dio el amor." —Leyó en voz alta con susurro de empleado de ferretería. Pero ahí empezó a cambiar.

—"Ante quien no hay muros de piedra que resistan." —Siguió leyendo, enderezó el cuerpo, echó la cabeza para atrás, a la vez valiente e impetuoso, ligeramente emocional e italiano.

—"¡Si mis parientes te encuentran te matarán!" —gimió Helen, caminando hacia la puerta.

—"¡Jamás, más fácil seré muerto por tus ojos que por veinte espadas de parientes! Mírame..." —imploró Harry siguiéndola.

—"Mírame con benevolencia y mi cuerpo se volverá invulnerable" —siguió diciendo, los ojos brillantes por el deseo.

—"Yo daría un mundo porque no te descubrieran" —dijo Helen.

Y eso fue lo último que les escuchamos decir. Traspasaron juntos la puerta y desaparecieron. A la fiesta no fueron, por supuesto. Y a partir de esa noche vivieron juntos. Se han casado y aparecen muy felices aunque ocasionalmente se comportan de manera bastante extraña. Todo depende de la obra que estén interpretando.

El otro día pasé por la compañía telefónica y pregunté por miss Shaw. La máquina había vuelto a facturarme otra llamada errónea, esta vez a Phymount, Michigan. Cuando llegó Helen le pregunté en qué andaban.

—La semana pasada estuve en casa con Otelo, la anterior fui raptada por Paris, llevamos una vida muy excitante.

—Por supuesto y me alegro mucho de que así sea. ¿Querrán actuar en la próxima obra del Club?

—Seguro. ¿Quiénes seremos esta vez? —dijo ella, con una enorme sonrisa.

Traducción de Rodrigo Fresán



—gimió miss Shaw. Lágrimas corrían por sus mejillas.

—Bueno, bueno.

—Es por el tipo de vida que llevo. Cuando estoy con alguien que me gusta me siento como dentro de una botella, sin poder comunicarme. Nunca me enamoré ¿se dan cuenta? Quisiera poder hacerlo. Sé de qué se trata la obra y lo que siente Stella, pero es que yo... yo...

—¿Tú qué?

—No sé por dónde empezar.

Ni hacía falta, porque en ese momento se escucharon ruidos de puertas golpeadas y gruñidos ininteligibles. Era Harry Nash trasmutado en Marlon Brando acercándose como un huracán a la sala de pruebas. Se plantó frente a nosotros con la musculosa, los hombros echados por atrás, la mueca, todo. La presencia de la llorosa miss Shaw le provocó una risa despreciativa. Le clavó los ojos, las manos en los bolsillos, las piernas abiertas. El llanto terminó ipso facto. Harry la estaba desnudando con la mirada.

—¿Pueden ensayar la escena de la pelea? —pregunté.

—Seguro —dijo Harry. Se humedeció el labio superior con la punta de la lengua. Miss Shaw palideció.

Les ofrecí los libretos y Harry me arrancó el suyo sin dar las gracias. Las manos de Helen temblaban un poco.

—Necesito algo para tirar por la ventana —dijo Harry.

—¿Qué?

—Acá hay una parte donde yo tiro una radio por la ventana —dijo con impaciencia.

La cosa venía bien, mejor imposible. Le di un pisapapeles de metal y, por si acaso, abrí la ventana de par en par. Miss Shaw miró a su alrededor como buscando un lugar donde desmayarse.

—¿Por dónde empiezo? —dijo Harry, girando los ojos como un boxeador antes de que suene la campana.

—Un poco antes de tirar la radio por la ventana.

—OK, OK, tiro la radio, ella intenta escapar, la agarro y le doy unos buenos sopapos. ¿OK? vamos, baby.

La escena a continuación fue de alto voltaje, apenas dos grados bajo el nivel máximo de violencia. Al terminar Helen Shaw ardía en un rincón, la cabeza ligeramente inclinada, la boca abierta, tratando de consumir todo el oxígeno que hubiese quedado en la sala. La miré y no me pareció que estuviese metida en una botella.

—¿Entonces el papel es mío? —aulló Harry.

—Ya lo tienes —dije.

—OK, OK baby. Nos vemos, Stella —y se fue dando un portazo.

—¿Miss Shaw? —pregunté suavemente.

—Hummff —exhaló ella.

—Estuvo impresionante, querida.

—¿Sí?

—Nunca imaginé que tuvieses tanto fuego adentro, nena —dijo Doris.

—¿Fuego?

—¡Explosiones, cohetes, bombas atómicas! —dije yo.

—Hummff —dijo Helen. Y no agregó más nada.

—Stella —dije.

—¿Qué, cómo?

—El papel es suyo, por supuesto.

Empezamos a ensayar en el Club cuatro noches por semana. Harry y Helen dieron un clima tan impresionante que todos andábamos como locos. No necesité pedirle a nadie que estudiase sus parlamentos. Había tanto entusiasmo con la actuación de Harry y Helen que todos trataban de emularlos y dar lo mejor de sí mismos. La cosa venía tan pesada que en las escenas de amor debí pedir varias veces que se calmaran un poco.

—Mejor guarden un poco para el día del estreno.

Eso fue en el cuarto o quinto ensayo, creo. Lidia Miller, que hacía de Blanche, estaba sentada a mi lado. Lidia es hermana de Verne Miller, Verne es el dueño de la Ferretería Miller.

—¿Tenemos o no tenemos una obra, Lidia? —pregunté.

—Una obra magnífica —dijo. Pero había un tono sarcástico en su voz.

La miré pero no pude preguntarle nada. Harry me estaba gritando desde el escenario. Quería saber si habíamos terminado por esa noche. Contesté que sí y se perdió por los pasillos en el más puro estilo Brando, pateando muebles y golpeando puertas. Helen se quedó en el escenario con la boca abierta y expresión extenuada.

—¿Qué hay de malo con la obra? —pregunté a Lidia.

—¿No te das cuenta de lo que está pasando?

—¿En la obra?

—¿Cuál? No hay más Tennessee Williams sobre ese escenario sino otra cosa que tú ya no diriges.

—¿Ah no? —La miré ofendido.

—Una obra que ahora dirige la sádica madre Naturaleza. ¿No te das cuenta de que esa chica está enamorada? Piensa lo que ocurrirá cuando descubra cómo es Harry en la vida real.

Tendría razón pero yo me ocupé de no hacer nada al respecto. Lidia, en cambio, trató de enderezar el asunto. Eligió el momento adecuado y habló con Helen.

—Dos temporadas atrás Harry hizo de Abraham Lincoln y yo tuve el papel de su mujer, Ann Rutledge —le dijo.

—Habrá sido maravilloso —se extasió Helen.

—Por supuesto. Por momentos creí que estaba enamorada de Lincoln. Debí esforzarme por recordar que Harry es un simple empleado en la ferretería de mi hermano.

—Es un tipo increíble, Harry.

—Increíble, sí. Pero con él debes estar preparada para algo. Cuando llega la última función y la obra termina...

—¿De qué me estás hablando?

—Con la última función Harry desaparece, se evapora en el aire, nunca más.

—No puede ser.

—Es así aunque no quieras creerlo.

En ese punto Helen se molestó.

—¿Por qué me lo dice a mí? Aun cuando fuera cierto ¿qué demonios me importa?

—Está bien, OK, pensé que te resultaría útil saberlo.

—Se equivocó, no me sirve de nada.

Después de ese episodio nadie más se atrevió a tocar el tema. Era inútil. En esos días, y a pedido de Helen, la compañía telefónica le concedió una asignación permanente en North Crawford. Me lo comunicó muy satisfecha.

—Quiero agradecértelo especialmente. El club me cambió la vida —dijo.

Llegó el día del estreno y enloquecimos al público. Se lo creyeron todo y cuando bajó el telón estaban como para irse al manicomio con Blanche. En la primera noche las chicas de la compañía le entregaron un ramo de rosas a Helen en el escenario. Estaban saludando al público que los ovacionaba. Helen tomó una rosa y se la ofreció a Harry, pero Harry había desaparecido. Yo estaba entre bambalinas y vi su expresión de infortunio. Después corrió hacia mí.

—¿Hice algo malo, lo habré ofendido? —me preguntó llorando.

—No, Helen, siempre hace lo mismo, las cosas son así. Cuando termina la obra, Harry también termina.

—¿Y el sábado no vendrá a la fiesta? —preguntó desolada. El sábado por la noche, después de la función, el Club nos había invitado a festejar el estreno de *El tranvía*.

—Harry nunca va a fiestas. Cuando baje el telón del sábado ya no volveremos a verlo hasta el lunes en la ferretería —dije lo más dulcemente que pude.

—Qué triste, qué verdaderamente triste —dijo Helen.

La función del sábado fue antológica y cuando todos salieron a saludar Helen atrapó la mano de Harry. Esta vez no le iba a resultar fácil escaparse.

—Bueno, tengo que irme —dijo Harry, tironeando.

—¿Irte dónde?

—A casa.

—¿No me llevarás a la fiesta del Club?

—Imposible, nunca voy a fiestas —dijo todo colorado, adiós Brando.

—Comprendo. Te dejaré ir si me prometes una sola cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Harry temblando, listo para saltar por la ventana más próxima.

—Que me esperes aquí sin moverte. Voy a traer un regalo que te compré.

—¿Un regalo?

—¿Prometido?

—Sí.

Recién entonces Helen lo soltó. Y él se quedó, esperando hasta que ella volvió con el regalo. Resultó ser un ejemplar de *Romeo y Julieta*. Se lo entregó diciendo que el marcador señalaba su escena favorita.

—Muchas gracias —fue lo único que Harry dijo. Bastante, considerando las circunstancias.

—¿No te interesa saber cuál es mi escena favorita? —dijo Helen. Y Harry se vio obligado a abrir el libro. Ella se le puso al lado y empezó a leer un parlamento de Julieta.

—"¿Cómo has llegado aquí y para qué? Las paredes son altas, difíciles de escalar y, siendo quien eres, podrías tropezar en ellas con la muerte" —leyó Helen. Y señaló con el dedo la línea siguiente.

—Fijate en lo que contesta Romeo.

—Mm —dijo Harry.

—¿No vas a leerlo?

Harry carraspeó. Se resistía a leer pero no le quedaba otra alternativa.

—"Estos muros salté con las alas que me dio el amor." —Leyó en voz alta con susurro de empleado de ferretería. Pero ahí empezó a cambiar.

—"Ante quien no hay muros de piedra que resistan." —Siguió leyendo, enderezó el cuerpo, echó la cabeza para atrás, a la vez valiente e impetuoso, ligeramente emocional e italiano.

—"¡Si mis parientes te encuentran te matarán!" —gimió Helen, caminando hacia la puerta.

—"¡Jamás, más fácil seré muerto por tus ojos que por veinte espadas de parientes! Mírame..." —imploró Harry siguiéndola.

—"Mírame con benevolencia y mi cuerpo se volverá invulnerable" —siguió diciendo, los ojos brillantes por el deseo.

—"Yo daría un mundo porque no te descubrieran" —dijo Helen.

Y eso fue lo último que les escuchamos decir. Traspasaron juntos la puerta y desaparecieron. A la fiesta no fueron, por supuesto. Y a partir de esa noche vivieron juntos. Se han casado y aparecen muy felices aunque ocasionalmente se comportan de manera bastante extraña. Todo depende de la obra que estén interpretando.

El otro día pasé por la compañía telefónica y pregunté por miss Shaw. La máquina había vuelto a facturarme otra llamada errónea, esta vez a Phymount, Michigan. Cuando llegó Helen le pregunté en qué andaban.

—La semana pasada estuve en casa con Otelo, la anterior fui raptada por Paris, llevamos una vida muy excitante.

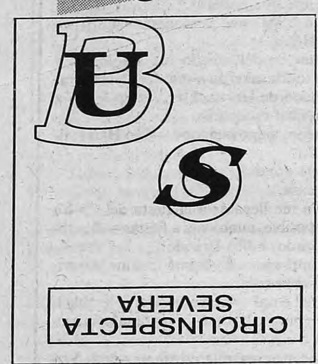
—Por supuesto y me alegro mucho de que así sea. ¿Querrán actuar en la próxima obra del Club?

—Seguro. ¿Quiénes seremos esta vez? —dijo ella, con una enorme sonrisa.

Traducción de Rodrigo Fresán

Juegos

Jeroglíficos



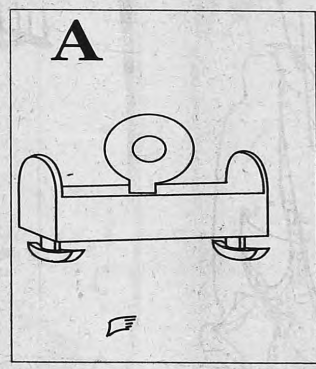
► ¿Dónde está Menen?



► ¿Dónde está Jaime y Cecilia?

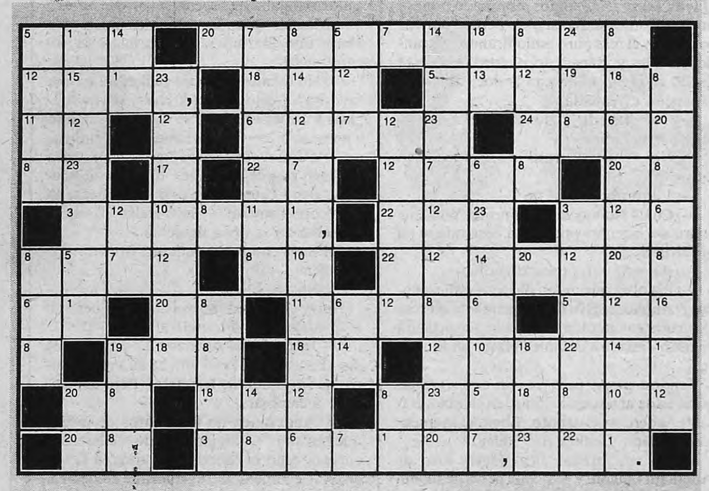


► ¿De cuántas partes se divide la obra?



► La niña se ha quedado dormida.

Letras y números



► Sustituyendo números iguales por letras iguales, podrá leerse un fragmento de "Anaconda", de Alberto Vázquez Figueroa.

Charadas

► Este es su mecanismo:

1.º TODA es la palabra que hay que encontrar.

2.º La palabra se descompone en sílabas (PRIMA, SEGUNDA, TERCIA, CUARTA, etcétera).

3.º Con todas las sílabas y con la palabra completa se forman las frases con la clave de la charada.

1.
No sé como **TERCIA-PRIMA** tanto tu amiga **TERCIA-CUARTA,** con su pelo **TERCIA-SEGUNDA** y una trenza como una **SEGUNDA-PRIMA** y cara de estar siempre de mala **PRIMA-CUARTA,** como si se hubiera bebido un litro de **TODA**.

2.
Pues me dice que liga tanto, por que **PRIMA-SEGUNDA TERCIA-CUARTA** ella, que tú pareces una cría de **SEGUNDA-CUARTA** hecha de **TODA.**

3.
Mi hermano **SEGUNDA-PRIMA** lo ha oído todo y dice **PRIMA** yo **CUARTA TERCIA** callarme y que si por él fuera, nos haría una purga con **TODA.**

4.
Ese chico, **SEGUNDA-TERCIA** ¿de qué **CUARTA-PRIMA**? Pues **PRIMA** parece que no es rico **TERCIA** heredero y vive como un rey. No, es **TODA** en la estación de servicio.

5.
¡Qué bien! A ver si él me **PRIMA-SEGUNDA-TERCIA** el coche, que se **SEGUNDA-TERCIA** de vez en cuando, como si me transportara por **TERCIA-CUARTA-QUINTA**; lo llevaré al taller de **TODA.**

6.
Me repararon el coche **PRIMA** el taller y me dijeron que era un principio **TERCIA-SEGUNDA-CUARTA** mantener el motor siempre bien **TODA** con aceite todo **SEGUNDA-CUARTA.**

Sopa de letras

C	U	T	A	H	L	I	R	U	S	I	M	C	V	B	O	S	R
N	K	Y	R	S	D	F	O	F	H	U	I	T	E	D	K	I	A
E	B	H	I	N	T	K	D	W	C	E	R	T	A	T	R	O	M
B	C	D	Z	O	E	F	H	T	A	K	H	R	S	Z	E	N	A
R	A	F	O	T	J	V	X	C	E	S	O	F	V	A	L	I	B
A	T	S	N	G	A	V	A	K	U	L	L	S	D	I	X	L	A
S	O	A	A	N	S	H	Y	D	O	H	U	C	V	G	I	L	L
K	S	S	D	I	C	V	B	C	A	L	I	F	O	R	N	I	A
A	E	N	V	H	U	A	A	D	S	G	S	K	M	O	D	F	E
X	N	A	D	S	A	S	N	A	K	C	I	S	F	E	I	L	P
C	N	K	D	A	G	Y	U	K	L	J	A	V	F	G	A	K	P
X	I	R	C	W	Y	O	M	I	N	G	N	D	S	V	N	I	Y
X	M	A	F	P	E	N	S	I	L	V	A	N	I	A	A	F	E

► Localice en la SOPA el nombre de 20 Estados de los Estados Unidos de América.

Soluciones

CHARADAS:
1. Gasolina. 2. Parafina. 3. Queroseno. 4. Mecánico. 5. Reparaciones. 6. Engrasado.

JEROGLIFICOS:
1. En Buenos Aires. (EN B U-EN O S-AIRES)
2. En La Coruña. (EN LA CO-R-UÑA)
3. De dos partes. (DEDOS-PAR-TES)
4. Acuesta en la cuna a la pequeña. (A-CU ESTA EN LA CUNA-ALA PEQUEÑA)

LETRAS Y NUMEROS:

